**Nora**

Se hizo tarde. En el barrio que huele a tilos recién florecidos ya comienza una noche veraniega azulada y sin luna. Los ruidos de la calle se van apagando lentamente dispersos por un vientito suave que convierte en abanicos los álamos de la vereda de enfrente cuando, otra vez solo, la veo alejarse por la vereda de baldosas acanaladas sobre las que su figura se hace cada vez más pequeña, hasta desaparecer.

Recuerdo el primer día que la vi, me impresionó ese cuerpo alto y delgado que crecía desde las raíces de unos zapatos negros y acordonados de taco bajo y suelas de goma, subía por las piernas cubiertas con medias gruesas que desaparecían debajo de la pollera gris, muy por debajo de la rodilla, y continuaba por el tronco hasta la cintura, desde donde se abría, como una flor, en la blancura almidonada de la blusa. Se fue acercando despacio hasta la persiana metálica, baja desde hacía ya mucho tiempo, introdujo la llave en la cerradura inferior tratando con dificultad, durante unos segundos, de hacerla girar, hasta que la persiana, cediendo a su empuje, se levantó por fin chirriando con indecisión para dar paso hacia la otra puerta, la de batientes de madera, vidrio y telarañas. Entonces entró y se detuvo un rato, miró todo con esa mirada triste que siempre llevaría puesta, los labios finos apretados en una línea, solo miró, cerró todo cuidadosamente y se fue. Pensé que se había desilusionado, después del accidente la casa fue quedando desierta por años y el polvo y las telarañas habían hecho lo suyo también en este pequeño local del frente del edificio donde hace ya bastante tiempo estuvo la verdulería.

Pero regresó al día siguiente, se puso un delantal prolijo, se acomodó el cabello lacio y corto donde ya varias canas dibujaban caminitos debajo de un pañuelo atado hacia atrás, colocó cuidadosamente los

anteojos sobre una repisa y comenzó a limpiar. Sacó a la calle los cajones de fruta olvidados, sacudió el polvo que dormía tranquilo su sueño de años, baldeó y enceró el piso de baldosas color crema donde volvieron a aparecer arabescos oscuros y limpió y forró estanterías con papeles de colores. Después, con el correr de los días hizo traer un mostrador usado de madera y otro de vidrio con cajones, y así fue armando poco a poco la tiendita, la pequeña tiendita de barrio que le serviría como sustento, ahora que, según comentan, los padres y las tías viejas han muerto, y seguro comprendió que ni las lecciones particulares de piano recibidas en la infancia, ni los buenos modales aprendidos en la mesa paterna siempre con mantel blanco y vajilla de porcelana, le servirían para mantener el viejo caserón estilo inglés que alguna vez fuera la admiración del barrio y que entonces lucía sus paredes descascaradas y el techo de tejas como la boca de un anciano al que le faltan varios dientes.

Muchos días los dedicó a acomodar en los cajones los elásticos, las cintas, las puntillas vaporosas como espuma y los cierres, las agujas y los hilos, los ovillos de lana en primorosa escala de colores, las medias de algodón para los escolares y los hombres, y las de seda suave para las mujeres. Hubo pañuelos y algunos artículos de lencería íntima con mucho algodón y poca puntilla y en los estantes superiores, algunos portarretratos, paneras, potiches, carameleras, estatuillas de yeso y pequeños floreros de vidrio, junto a otros objetos que servirían, envueltos en crujientes papeles de seda y con primorosos moños, para improvisar regalos comprados por las vecinas a último momento.

Supe que se llamaba Nora, aunque algunas clientas anteponían un hipócrita “señorita” que escondía el ofensivo “la solterona” con que yo las oía nombrarla puertas afuera de la tiendita, vecinas chismosas a las que ella detenía con una mirada dura de desaprobación detrás de sus anteojos cuando intentaban hacerla partícipe de algún comentario malintencionado.

Abría todos los días puntualmente a las ocho y cerraba a las

Historias de mujeres desaforadas 43